

Amores de don Julio Caro Baroja (1914-1995) *In memoriam*

Antonio Beristain, SJ*

«Las fuerzas unidas de la amistad
y de la gratitud»

EN Vera de Bidasoa, la madrugada del viernes 18 de agosto, falleció don Julio Caro Baroja. El día siguiente, en su parroquia, todo el pueblo y muchísimas personas foráneas, amigas y admiradoras de él, estuvimos acompañándole en litúrgico silencio, con la música «callada» del *Requiem* de Perosi. Nos acordábamos de lo que había escrito: «cuando me coloco en la fila de bancos de la iglesia de Vera, para honrar la memoria de un vecino, me siento más entre los míos que en ninguna parte» (Gironella, *100 españoles y Dios*, pág. 144).

Como había preanunciado, falleció en su impar hogareño case-

* Director del Instituto Vasco de Criminología. San Sebastián.

ron Itzea, al cual amaba sobremanera, algo así como se ama a una madre. El lo manifestó varias veces, y por eso le dedicó alguna de sus obras.

Todas las personas que tuvimos la suerte de conocerle constatábamos su afecto a Itzea..., y también conocíamos su inagotable capacidad de amor y del mejor apego a tantas otras casas y cosas y, más aún, a las personas.

Ciertamente, ni él ni los Baroja son «fríos» (*Los Baroja*, 1986, pág. 63), aunque sus expresiones externas del continuo y hondo mundo afectivo se muestren acompasadas, sin efusiones y «besuqueos», etc. En este mismo libro, reconoce en él «una hipersensibilidad para la... simpatía» (pág. 83).

Ahora, al momento de recordarle, lo primero que viene a nuestra memoria es una letanía interminable de afectos entrañables que sentía y manifestaba, con su típica sobriedad. Afectos y amores hacia la familia, hacia las amistades, hacia las personas marginadas, hacia la Historia, hacia el Arte, la lengua, la investigación y la ciencia, hacia la docencia, hacia la cultura clásica, la justicia, la religión, la Compañía de Jesús, el Instituto Vasco de Criminología, etc.

Su pluma no puede menos de referirse con frecuencia al amor, a las amistades, al agradecimiento. Lógicamente, en los brevísimos comentarios que añade a algunos de sus dibujos, con frecuencia «asoma» la palabra amor. Por ejemplo, cuando se refiere a «su amor... a Nápoles» (*Los mundos soñados de Julio Caro Baroja*, Círculo de Lectores, 1989, pág. 85). Con harta razón, en estas mismas páginas, José M.^a de Areilza afirma que «Caro Baroja ha vivido siempre —aunque soltero— en una atmósfera de amor, simpatías y tertulia» (pág. 148). También en la autobiografía que escribió para la revista *Triunfo* (septiembre, 1981) y que reproduce este año la Institución Príncipe de Viana, en su *Homenaje a Julio Caro Baroja* (núm. 206, septiembre-diciembre, 1995, págs. 577 ss.), reconoce que «tuve y tengo amigos entrañables... el círculo de amistades es todavía grande...» (pág. 588). De modo semejante, inicia su Discurso de ingreso en la Real Academia refiriéndose a «las fuerzas unidas de la amistad y de la gratitud», y pocas líneas después recuerda su trato «amistoso» con don Fernando Díaz-Plaja.

Nuestro título —«Amores de don Julio Caro Baroja»— desborda los límites de una nota necrológica; es, sin duda, buen tema para una tesis doctoral. Aquí, resulta imposible comentarlo detenidamente. Únicamente cabe decir unas palabras acerca de algunos de esos amores, seleccionados no en razón de su importancia sino en clave del supuesto interés de

quienes leen estas páginas, y de las lagunas que pueden haber quedado sin cubrir a pesar de la abundante e inteligente información que ha aparecido en los medios de comunicación (en España y fuera de España) durante las fechas siguientes al fallecimiento de Caro.

«Amaba sus lares»

EMPECEMOS con una brevísima alusión al amor hogareño. Sabemos que sintió desde niño un amor intenso hacia su abuela y, más aún, hacia su madre. Este amor continuó encendido toda su vida. «No hay día en que no piense en ella, y cuando menos pudiera suponerlo, en medio del trabajo, en una tertulia, se me viene su imagen a la cabeza y me quedo absorto por algún rato». «No habrá habido madre más cariñosa y comprensiva, ni compañera más dulce», afirma cuando habla de ella (*Los Baroja*, pág. 60).

Del amor hacia su tío don Pío podríamos y deberíamos aducir decenas de páginas escritas por don Julio y decenas de acciones en las que mostraba su afecto. De sus escritos nos limitamos a unas líneas entresacadas de una carta suya a don José Miguel de Barandiarán poco tiempo después de la muerte de su tío (31 de julio de 1959). Le escribe, el 13 de noviembre de ese año, «(El tío)... dejó un vacío inmenso, que no sé cómo llenaré. El trabajo fue ley moral para él y en esto le seguiré. También en vivir con sencillez y mintiendo lo menos posible. Cosa difícil en estos tiempos...» (cfr. Luis de Barandiarán Irizar, *Cartas a José Miguel de Barandiarán. Segunda etapa, 1952-1991*. San Sebastián, 1995, pág. 40).

Caro Baroja mostraba su afecto hacia su tío no sólo en sus escritos, sino también en sus acciones. Por ejemplo, en el interés con que acogió la idea de un grupo de personas que le pedimos nos ayudará en la creación de la *Asociación de Amigos de Pío Baroja*.

La idea brotó, en junio de 1987, durante la excursión que una treintena de personas vinculadas al mundo cultural guipuzcoano realizábamos, durante un par de días (como en veranos anteriores y posteriores) por el País vasco-navarro, con Caro Baroja, escuchándole las mil anécdotas de la historia de cada pueblo, río, o monte, por el que pasábamos.

En los meses siguientes se fueron madurando los planes y se redactaron los estatutos de la Asociación. Se celebraron reuniones con diversas personalidades interesadas en el proyecto. Por fin, el 28 de junio de 1988,

se firmó, ante notario, la escritura de constitución de la Asociación. En ella se formulan 25 artículos con los Estatutos por los que se regirá dicha Asociación. También pueden leerse los nombres de las personas que dan los primeros pasos.

Según Caro, «se trata de recuperar el espíritu de don Pío, que ha estado muy olvidado durante muchos años». La nueva Asociación pretende reunir a las personas que tengan interés por la vida y la obra del preclaro donostiarra, con el fin de enaltecer y honrar su memoria mediante actividades culturales, conferencias, estudios sobre el novelista de Itzea, concursos literarios, exposiciones de arte, edición de libros y documentos relativos a Baroja, biblioteca, etc. Quedan excluidas las actividades que puedan convertir a la Asociación o a sus bienes o pertenencias en instrumento para el desarrollo de actuaciones propias de partidos políticos, sindicatos, u otras entidades análogas.

Desde el primer momento eminentes personalidades de la cultura dieron su nombre para inscribirse como miembros de la Asociación. Pero, todavía no se ha logrado la indispensable cooperación pública —varias veces formalmente iniciada— para que la Asociación pueda desarrollar sus planes. Esperamos que próximamente sean viables, pues nos consta la buena voluntad de la mayoría de las personas y las instituciones.

«Amaba a la Compañía de Jesús»

EN muchos de sus libros y de sus artículos hace referencia a los jesuitas. Y, generalmente, con estima y afecto. Muestra especial aprecio a los teólogos jesuitas partidarios del casuismo. No es infrecuente que, cuando le preguntan alguna cuestión «peliaguda», para resolverla acuda a tal o cual jesuita. Así, cuando Gironella le pregunta «¿Cree usted en Dios?», le contesta: «No sé qué responder. Un jesuita casuista del siglo XVII dice en un libro que acabo de leer que en un mismo intelecto pueden albergarse, a la par, dos opiniones probables y contrarias entre sí» (en una misma persona pueden convivir una creyente y una atea o agnóstica) (*100 españoles y Dios*, pág. 140).

En el círculo de sus amigos se encuentran muchos miembros de la Compañía de Jesús, más de los que generalmente se cree. De ellos se preciaba en privado y en público.

Permítaseme una anécdota personal. En vísperas del quinto centenario del nacimiento de San Ignacio de Loyola, le manifesté que algunos profesores de universidad deseábamos publicar un pequeño libro en honor del santo de Loyola y que nos agradaría poder contar con una colaboración suya. Inmediatamente aceptó la invitación. Pero añadió que ese centenario merecía un homenaje de más calado del que nosotros proponíamos.

Convendría, dijo, proyectar un libro científico, con colaboraciones de personas de diversos países y sin fronteras ideológicas, que patentizaran las muchas e importantes aportaciones de Ignacio y su Compañía a la cultura mundial en el más amplio sentido de la palabra, y especialmente a la universidad.

Naturalmente, aceptamos su sugerencia y le pedimos que dirigiera la realización de su idea. Lo hizo con sumo gusto y con sumo empeño. Poco después nos trasladamos a Loyola para recoger datos e informaciones concretas (y especialmente en el archivo histórico, donde nos atendió infatigable su director, José Ramón Eguillor, S. J.). Por fin, siguiendo sus orientaciones, se logró que el día 20 de abril de 1991, año centenario, se presentase al público un libro, de 750 páginas, titulado *Ignacio de Loyola Magister Artium en París, 1528-1535*, del cual ha opinado Miguel Batllori (en *Archivum Historicum Societatis Jesu*, Extractum e vol. LXI, Roma, 1992, págs. 197 s.): «Entre las misceláneas ignacianas aparecidas en España sobresale por su extensión, la variedad de sus temas y la internacionalidad de sus autores..., grueso y monumental volumen, rico también en ilustraciones, muchas de ellas en color; otras, sobre papel patinado, y excelentes...». La portada —bellísima— es obra de Eduardo Chillida.

En las páginas iniciales, Caro Baroja escribe, con amplia información y simpatía, sobre «Fantasías y lucubraciones en torno a San Ignacio de Loyola y su Compañía». De su simpatía dan testimonio las líneas siguientes que merecen reproducirse aquí: «Nadie duda de que los éxitos de la Compañía en las primeras generaciones fueron inmensos; sus miembros aumentaron vertiginosamente y descollaron en toda clase de ciencias. Dio santos en primer lugar. Pero el “activismo” hizo que también hubiera un cuerpo amplio de pedagogos y de misioneros que produjeron grandes adelantos en los conocimientos. En algunos casos éstos se reconocen simplemente, en otros dan lugar a las críticas y aun ataques de los que ven con sorpresa los éxitos sociales de la misma Compañía».

Hablando en intimidad con don Julio se podía deducir que, en el

fondo, había ciertas afinidades entre él y la Compañía de Jesús, especialmente con algunos de sus prohombres, como Teilhard de Chardin. Éste escribió una carta de pésame a la esposa-viuda del embajador de Francia en Japón (con motivo del fallecimiento de su esposo) en la que expresa algo de suma profundidad religiosa aunque a muchos pueda sorprender. Dice así: «Permitame que le exprese toda mi pena y toda mi simpatía, y toda mi súplica..., no he olvidado la acogida tan inteligente y tan encantadora (de su esposo). *Todo lo que llega es adorable* gustaba repetir Termier en sus dificultades. Dicho con otras palabras, cada acontecimiento, por brutal que sea, no pasa de ser otra cosa que influjo y toques divinos en nuestra vida —supuesto que creemos y amamos—.

Yo no sé de nada más verdadero, de nada más inexhaustible alimentador y fortificador, para deciros, que esta simple expresión..., que contiene en pocas palabras la más bella visión del mundo que existe y todo el cristianismo.

Vuestro dolor, visto desde esta luz, significa renovación, acercamiento, comunión. Bajo este dolor, que nada puede suprimirlo, queda una alegría, de un orden distinto, el más profundo posible».

Pues bien, cuando Caro escribe lo que sentía recordando la muerte de su madre, podría pensarse que había leído, entendido y hecho suya esa carta y esa vivencia de Teilhard de Chardin. Leemos (*Los Baroja*, p. 60): «Ahora, los ratos que dedico a su recuerdo son más placenteros que antes. El tiempo estiliza los dolores y les da categoría estética... hasta del dolor sacamos, al fin, beneficio. Sí. Yo noto ahora que pensar en mi madre me produce una especie de satisfacción íntima».

Amaba a «su» Instituto Vasco de Criminología

SÍ, Caro Baroja amaba al Instituto Vasco de Criminología —Kriminologoaem Euskal Institutoa, de la Universidad del País Vasco. Este amor no ha sido comentado públicamente por los medios de comunicación. Pero de él pueden escribirse muchas páginas, pues, durante los últimos veinte años, el Instituto ocupó un lugar preferente en su corazón, en sus trabajos y en su vida toda.

Se podría recordar ampliamente sus inteligentes y amables participaciones, como Maestro de Maestros, en nuestros Congresos y Simposios,

en nuestras publicaciones y en nuestra revista Eguzkilore, en nuestras visitas académicas y no-académicas a las personas privadas de libertad, y, muy especialmente, su cálida acogida, sin prisa, cuando profesores y alumnos le visitábamos en Itzea, su «cátedra», su «universidad».

Tanto el profesorado como el alumnado del Instituto apreciaba sobre manera al Maestro Caro Baroja. Por eso, el 28 de diciembre de 1988, su director le entregó públicamente el máximo galardón académico del Instituto, el nombramiento de Miembro de Honor a perpetuidad, en reconocimiento por sus magistrales aportaciones a dicho Instituto, según consta en el acuerdo del Consejo de Dirección.

El periódico parisino *Le Monde*, en su nota necrológica del 22 de agosto, le consideraba el mejor antropólogo español del siglo. En nuestra opinión merece también el título del mejor criminólogo. Él ha logrado como nadie integrar en sus trabajos la pluridisciplinariedad con la interdisciplinariedad tan básicas en todo lo criminológico. Pero, además ha conseguido algo que nadie ha alcanzado en el grado suyo: la transdisciplinariedad, es decir, él conoce las múltiples disciplinas antropológicas, sociológicas, juridicopenales, médicas, psicológicas, históricas, etc., que interesan en Criminología, y sabe integrarlas en sus labores. Pero, no sólo las integra o las une, como se tejen los fragmentos de un tapiz, sino que, dando un salto cualitativo, alcanza a situarse en un plano superior, sube hasta la cumbre del saber y, desde allí, consigue una nueva visión de conjunto que es más y distinta que la suma de saberes fragmentarios.

Ahora, seleccionamos algunas de sus aportaciones concretas, a partir del año 1976. Ya aquel año, el día doce de mayo, expuso el tema «Procesos y causas por brujería y testificaciones infantiles», en el XXVI Curso Internacional de Criminología, organizado por el Instituto Vasco de Criminología en colaboración con la Sociedad Internacional de Criminología y el *Centre de Sciences Criminelles* de la Universidad de Pau y de los Países del Adour.

El texto puede leerse en el volumen que recoge las ponencias y las comunicaciones. Este excelente trabajo no aparece, por desgracia, en las notas bibliográficas que citan las obras de don Julio, aunque aporta muy valiosos comentarios (apoyados en extraordinaria abundancia documental) que no se encuentran en otros trabajos similares suyos.

Teniendo en cuenta la peculiar formación de los asistentes al Curso, Caro considera tres posiciones básicas:

a) la tradicional, popular o folclórica, que pesa sobre la conciencia de jueces y acusadores *crédulos*

b) la técnica, del jurista que examina los casos con métodos técnicos sobre el valor de las testificaciones, etc.

c) La más moderna, pluri e interdisciplinar que utiliza las investigaciones de psicólogos, médicos, sociólogos, antropólogos e historiadores que analizan el valor que puede darse a las testificaciones infantiles en casos similares a los supuestos mágico-religiosos que aterrorizan a comunidades campesinas, etc.

En estas densas páginas se encuentran sistematizados e integrados, *in nuce*, casi todos los principales conocimientos de nuestro especialista acerca de la brujería y de las coordinadas antropológicas y/o criminológicas que dominó y divulgó (con seriedad científica) en sus últimos treinta años. Aquí nos habla del *Malleus Maleficarum* (que nadie en España ha criticado tan inteligentemente como él), de su barojiana explicitación representacional del mundo, que se inspira en la obra más famosa de Schopenhauer «*Die Welt als Wille und Vorstellung*», y la supera. En algunos aspectos, Caro se adelanta a los actuales especialistas en este campo, como H. Putnam en su libro *Representation and Reality* (Cambridge, 1988). Termina con unas atinadas aplicaciones prácticas: El poder judicial, dice, ha de ser grande, pero ha de ir unido a verdadero «juicio» y no a «prejuicio»..., ha de desterrar el Maniqueísmo.

El año 1982 colabora en el volumen *Estudios vascos de Criminología* con unas doctas reflexiones tituladas «Otro trago amargo», en las que analiza amplia y objetivamente, y con afecto, el complejo problema vasco, también desde la perspectiva del grupo terrorista ETA. Todavía hoy conservan plena actualidad estas «meditaciones». Posteriormente enriqueció con su pluma y con sus dibujos otras publicaciones del Instituto: *La droga en la sociedad actual. Y nuevos horizontes en Criminología* (1985), *Cárcel de mujeres* (1989), *Criminología y Derecho Penal al servicio de la persona* (1989), etc.

Tuvo la amabilidad de escribir inteligentes prólogos a varios libros del Instituto: *Fuentes del Derecho penal vasco en los siglos XI-XVI. Crisis del Derecho represivo, De leyes penales y de Dios legislador*. Y abundantes son sus artículos en la revista *Eguzkilore*: «Releyendo textos sobre libre albedrío y la libertad» (enero 1988), «Cuarenta y dos años junto a mi tío» (diciembre, 1991), etc.

Amaba lo religioso y lo espiritual y lo cristiano

CON no poca frecuencia se ha manifestado públicamente que don Julio (algo así como antes su tío don Pío, «el hombre malo de Itzea») era enemigo de la religión y del cristianismo. Cualquier persona que hable hoy, en otoño de 1995, con los vecinos de Vera constatará lo que éstos oían y creían en su juventud: las monjitas de la enseñanza decían a los niños que en el tejado de Itzea se había puesto una veleta que representaba al diablo haciendo burletas con las manos a la Santa Cruz (la veleta, en realidad, era reproducción de San Marcos, de Venecia, con el león rampante). Que cuando pasasen ante la casa de Itzea no la mirasen, porque era pecado. Los frailes de la enseñanza decían que Itzea estaba llena de sabandijas, alimañas, sapos, culebras y demonios...

Por escrito, autorizadas publicaciones eclesiásticas condenaban como «malas» varias de sus obras. A pesar de éstas y de otras críticas, Caro ha escrito mucho y bueno sobre cuestiones religiosas y cristianas, pues sentía afecto por el tema. Por lo menos, merecen citarse un excelente libro y no pocos artículos.

De entre éstos, merece especial atención el que brindó en el *Homenaje a Xavier Zubiri* (1970, vol. I, págs. 221-243), que lleva por título «Un teórico del optimismo». Trata con acierto el interrogante quizás más acuñante, más antiguo y nuevo, de la Teodicea: el Mal. También analiza y comenta los factores etiológicos y los efectos del mal, aunque indirectamente, en algunos estudios sobre la brujería (entre paréntesis conviene dejar constancia de que, ya el año 1970, don Julio adopta ante este problema posturas muy parecidas a la que, veintitrés años después, manifiesta el teólogo católico Marcel Neusch en su reciente libro *El mal*).

Mencionemos, aunque sea brevemente, el libro *Las formas complejas de la vida religiosa*, del cual ha declarado repetidas veces que es el que más tiempo le ha llevado y en el que más interés ha puesto; pero, sin embargo, el que menos reconocimiento ha tenido: «Ha pasado casi desapercibido».

Afortunadamente, el «Círculo de Lectores» acaba de publicar una nueva edición corregida de esta obra en dos tomos de 356 y 496 páginas (mejora notablemente la presentación, introduce algunos gráficos, etc., pero el texto permanece el mismo).

Don Julio explica y repite que en este libro, desde el primero hasta

el último de sus 23 capítulos, él quiere ser pintor y no juez. Se propone una meta más religiosa en sí (aunque no lo parezca) que ciertas apologías (vol. I, pág. 26).

Como en muchos de sus estudios, se ocupa y preocupa, con empeño y afecto, por las personas perseguidas, atormentadas (con frecuencia por motivaciones de tipo religioso), pobres gentes consideradas como brujos y brujas; muestra un interés predominante tanto por minorías étnicas como por grupos oprimidos y personalidades más bien oscuras, y considera noble misión del historiador luchar contra servidores de la Tiranía y contra tópicos embrutecedores e hijos de la Ira y de la confusión (vol. I, pág. 34 s., vol. II, pág. 430 ss.).

Este libro nos brinda, con ricos matices, abundantes y agudas reflexiones rebosantes de sentido común que abocan a conclusiones científicas, avaladas y enriquecidas en objetivas citas de los principales especialistas en cada problema. La limitación de espacio nos obliga a espumar únicamente algunas de las atinadas observaciones de Caro en dos capítulos: el XIX y el XXIII.

Con barojiana originalidad, rememorando el concepto de su tío sobre lo bohemio, don Julio se cuestiona, en el capítulo XIX: *¿Hay una «bohemia» religiosa?* Después de indicar su caracterización sociológica de la misma, expone con detalle los principales problemas de los alumbrados auténticos, de los «alumbrados» de Lerma, del famoso sacerdote aragonés Miguel de Molinos y las críticas que suscitó, especialmente en función de la lujuria (por ejemplo, el libro que fray Francisco de Posada publicó el año 1701, titulado *Triunfos de la castidad contra la luxuria diabólica de Molinos*), etc. Comenta detenidamente los múltiples factores por los que la espiritualidad no se desarrolla libre de violencias y brutalidades, como no se libra cualquier otra actividad humana profesional; el problemático deslinde entre lo profano y lo religioso, entre lo purísimo y lo que puede considerarse pecaminoso (vol. II, pág. 283 ss.).

Del capítulo-epílogo XXIII nos limitamos a transcribir unas líneas que patentizan el humor inteligente de don Julio, y unas pinceladas sobre su intuición acerca de la difícil pero necesaria inculturación de lo político y de lo religioso en la posmodernidad. Cuando aplaude la reacción de Fray Luis de Granada, en su «Prólogo galeato o breve tratado del fruto de la buena doctrina», contra quienes aconsejaban que conviene no estudiar por los muchos inconvenientes que trae consigo, por los muchos peligros de caer en la herejía, etc., recuerda lo que decía un sacerdote de San

Sebastián a una señora (amiga de su familia), demasiado (?) aficionada a la teología: «Doña Javiera, conviene no escudriñar»... Esta regla, añade Caro, que yo oía comentar en casa, es una regla constante, que aplican los hombres chapados a la antigua por razones varias, entre las cuales puede quedar incluida la pereza (vol. II, págs. 416 s.).

Nuestro historiador alaba el deseo típico de muchos jesuitas de conocer, investigar y abrazar las novedades en los diversos campos culturales y religiosos, que otros les reprochan como afán de novedades (vol. I, pág. 420). Y pasa más adelante, explayándose en interesante aclaración y matización sobre la cuestión del método, con especial referencia a la religión y la antropología, así como sobre el catolicismo como enciclopedia.

Pero lo más acertado para aclarar algo la oportunidad y las dificultades de la inculturación de lo religioso clásico en lo posmoderno futuro, lo expone lúcidamente en este capítulo, desde una «morfología religiosa» que conviene estudiar serenamente y sin hacer gestos de superioridad: tanto más cuanto que muchos de los que los hacen echan por la puerta principal lo que luego procuran meter por la puerta de atrás. Se deben y se pueden ajustar a la «vida moderna» las concepciones anteriores, incluso toda la historia pasada con sus valores reales, superando importantes dificultades de interpretación, para llegar a concluir con satisfacción que el catolicismo pretende *comprender*, mientras otras corrientes religiosas pretenden principalmente eliminar (vol. II, pág. 433).

En cierto sentido, el mejor comentario de este libro nos lo ofrece un jesuita chileno, Aníbal Edwards Errazuriz, con el que he tenido la suerte de convivir unos días en septiembre de este año 1995, en Santiago de Chile. Paseando por los amplios patios del colegio donde él vive y trabaja, me ha leído la extensa carta que le envió a don Julio el 12 de octubre de 1993. De ella merecen transcribirse ahora las líneas siguientes: «Sólo conocía de usted escasas referencias en las *Memorias* de su tío, y *Palabras liminares* a esa edición de 1955. Pero algo en la atmósfera que deja su tío me hizo comprar de inmediato su obra *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, en una librería de viejo, y, a partir de su lectura, empecé a encargar todas sus obras, y no me he sentido defraudado. Me sucede con «el entusiasmo por la verdad»..., y sus libros de usted, como si los conociera de siempre; como si viera en letras de molde la atmósfera que se respiraba en mi casa paterna... Le confieso que sus *Memorias* me llevaron a entender mejor a Unamuno (¡aunque le parezca extraño!) y a empatizar hondamente con don Pío. Pues, mutatis mutandis,

hago una experiencia similar: el entusiasmo por la verdad lleva a estar «sentado entre las sillas», como decía Erich Przywara, con quien tuve entrañable amistad los últimos cuatro años de su vida».

«Enseñaba a amar»

PARA terminar, volvemos a la riqueza agápica de don Julio a la que hice referencia en la carta-felicitación que le envié al 13 de noviembre de 1994 con motivo de su cumpleaños. Decía así:

Don Julio, Maestro y amigo: Zorionak! Tú conoces e investigas lo vasco, / con noble pasión, porque lo amas. / Tú dedicas tu vida entera a estudiar, / investigar y enseñar a todo el mundo acerca de: / nuestra lengua, / nuestra literatura, / nuestra historia, / nuestro folklore, / nuestros carnavales, / nuestras fiestas, / nuestra música, / nuestros paisajes, / nuestros usos y costumbres, / nuestras leyes, / nuestro arte, / nuestra Universidad de ayer y de hoy, / nuestros inquisidores, / nuestro carácter, / nuestros deportes, / nuestros navegantes, / nuestros pescadores, / nuestros aperos de labranza, / nuestros caseríos, / nuestros palacios, / nuestras iglesias, / nuestras brujas, / nuestros mitos, / nuestras creencias...

Muy querido Julio, nos enseñas mucho. / Nos quieres mucho a nosotros, / a nuestras hijas e hijos, / a nuestras abuelas y abuelos, / a nuestro txistu y nuestro tamboril, / a nuestras ovejas y/ a nuestros bueyes, / a nuestras guadañas y / a nuestras traineras, / a nuestros colores en el atardecer y / en la aurora, / al aroma de nuestros maíces... / y, sin pretenderlo, nos enseñas a amar. / Te haces acreedor de nuestro respeto, / de nuestro afecto, y / de nuestro cordial agradecimiento.

Eskerrik asko!

Bihotz bihotzez!